pie. La comedia no ha tenido otra finalidad que justificar, en cierto modo, una nueva conducta en algunos de los dirigentes soviéticos; ha creado un clima superficial de crítica a los personalistas. Las gentes que aplaudieron en el Teatro de la Sátira, de Moscú, la noche del estreno hasta hacer salir más de veinte veces al autor y al director de escena, quizá sintieron un alivio y un placer con algunas de las situaciones que les presentaban. Sin embargo, examinando la obra en sus conclusiones y en su simbolismo esencial, la cosa no es para tanto. La línea ideológica y los procedimientos políticos siguen en pie; el nuevo clima sólo representa un medio que facilita el «relevo» por cauces, acaso, más «suaves» que los puestos en práctica en purgas anteriores.

Sean cualesquiera las conclusiones que se quieran sacar de las dos obras citadas, hay un hecho evidente: reflejan con bastante claridad la evolución política interna del Kremlin. El clima creado por ambas ficciones corresponde con bastante aproximación a las directrices del Mensaje Kruschev leído ante el XX Congreso del Partido Comunista, a su posterior informe sobre los nuevos planes económicos soviéticos y hasta al más reciente comunicado del Comité Central del Partido Comunista, por el que se acusó de «desviacionismo» y boicot a los grandes capitostes, Malenkov, Kaganovitch y Molotov. Todo está explicado, pues, en líneas generales a través de la literatura; lo cual permite un cierto eufemismo a la hora de las caídas en desgracia y de las purgas. ¿Habrán comprendido los tres jerarcas mencionados que ha muerto «su» Iván Ivanovic?—ANTONIO AMADO.

VISION LEJANA DE JOSE PLA

Si quisiera hacer un elogio de José Plá diría que, para mí, es un escritor que no se parece a ningún otro. Maestro de periodistas, es uno de los hombres de más recia fisonomía. Si acaso, podría compararsele, en cierta manera, con Baroja. Pero es mejor renunciar al paralelo: hay una enorme diferencia entre este catalán mediterráneo y el gran don Pío, aunque los dos hayan usado la multitudinaria boina como medio externo de no ser gregarios. (Plá sabe muy bien que bajo el sombrero las cabezas son muchas veces lastimosamente iguales.) En la boina de José Plá hay muchos siglos de historia y de cultura mediterránea; hay también una facilidad expresiva que le hace ser el periodista más ameno de la España contemporánea.

Pero acaso lo definitivo en Plá es un difícil equilibrio entre la profunda raíz que le une a su pueblo y el mundo cosmopolita en que le ha gustado desenvolverse. Plá es irremediablemente un latino, con los ojos entusiasmados de luz y color; un *bon vivant,* que lo mismo nos habla de los plátanos de Perpiñán, de los vientos de la costa o del pescadito frito, que como buen epicúreo tantas veces ha comido, y nos ha descrito estupendamente. En sus mejores tiempos había en Plá un humorista, y creo que en lo más íntimo lo sigue siendo: hombre de gran cultura, que nunca ha perdido el contacto con las formas insustituíbles de la sabiduría popular, nada intelectual —marineros, pescadores, hombres de tierra adentro—, tiene que ser por fuerza un escéptico —en la mejor acepción de esta palabra—, un escéptico malicioso y con buena intención: un humorista.

Esto no quiere decir que la obra de Plá no sea perfectamente seria. En ciertos momentos de la evolución de un pueblo, el humorismo es lo más serio que puede hacerse, y es siempre —el humorismo fino, se entiende— manifestación de cultura alquitarada y de profunda libertad de espíritu. Esta es precisamente la gran donación que ha hecho José Plá a Cataluña y a España: su gran poder de comprensión, que nos entusiasma siempre, incluso cuando no estamos conformes con sus ideas. Su catalán es, así, abierto, lírico, un idioma completamente de hoy, pero a la vez clásico. Siento no poder decir lo mismo de su castellano, que es el peor idioma que puede escribirse: los vicios más flagrantes nos asaltan cada dos líneas, sencillamente porque Plá es también un terco. Yo respeto esta terquedad, que acaso sea otra manifestación de su libérrimo entender la vida. «Contra esto y aquello», como Unamuno ciertamente, pero sonriendo. Nada más lejos de Plá que un dogmático. Su terquedad tiene otra fuente, que debemos respetar, ya que quizá esa tozudez intenta salvarnos y está siempre penetrada de inteligencia.

Junto a esto, Plá ha escrito los adjetivos más consoladores, los adjetivos más justicieros de toda la prosa española de los últimos años. Debemos agradecérselos, porque son plenamente conscientes y voluntariosos; son una proa, no una bravata, en el mar de la mezquindad y la estupidez. Tiene siempre algo de inconforme y de debelador, algo grandiosamente grato a la juventud. (Y no es un hombre que adula: se lo impide su sentido ético.) Por esto yo confieso mi reconocimiento hasta cuando sus palabras me parecen, con perdón, tremendamente equivocadas. Así, por ejemplo, en su viaje a los Estados Unidos hace un elogio de la situación racial del país, comparándola con el lío creado en Hispanoamérica. A mí, esta actitud me resulta de un egoísmo tal, que revela uno de los límites de Plá; pero al mismo tiempo admiro

su valentía al expresarla, luchando contra los tópicos más o menos patrióticos.

He hablado de límites de Plá: creo que los tiene, y grandes, como todo mortal; pero no seré yo quien arroje la primera piedra. Sería fariseísmo, taimado pago a la honradez e impenitencia de este gran catalán. Por el contrario, requiere exposición sincera: honradez frente a honradez, el máximo homenaje que puedo hacerle. Ya he hablado de algunas de sus limitaciones (con la advertencia de que lo son para mí y no intento imponerlas a los demás). Me parece ver en Plá también un cierto acomodamiento en una forma de vida que le hace en ocasiones no investigar demasiado, y frente a los problemas de España, una actitud de *mejor no meneallo.*

Pero acaso yo, al decir esto, sea injusto con Plá; acaso sea sacarlo de su paisaje, desenfocarlo y cometer una de las mayores tonterías que pueden cometerse. No sé: este Plá, este Plá nos hace guiñar los ojos, como el sol muy fuerte. Es un hombre que cumple y ha cumplido con su deber, y no podemos pedirle virtudes de semidiós. Nada más sencillo, nada más humano que Plá. ¿Entonces? Me quedo con el artista, con el amigo —aunque no tengo la enorme satisfacción de haber hablado con él— y con el hombre culto que sabe su camino, ni apresurado ni perezoso. Plá me parece uno de los hombres más agudos que viven en la España de hoy, asilo de generosidad, escritor insobornable, y por tanto, pilar de nuestra esperanza.—ALBERTO GIL NOVALES.

NOTA SOBRE LA POESIA Y CESAR VALLEJO

La poesía, eso que recorre el aire del mundo y que de pronto, como el halcón, se deja caer sobre la tierra y elige a un hombre y se lo lleva, lo hace pocas veces de un modo pleno y total. A algunos hombres no llega a arrebatarlos, aunque quedan heridos para siempre; a otros les deja caer nada más que una pluma o yesca, y ya es bastante. A los grandes escogidos, por fin, los des-tierra, *los ajena de un modo siempre riguroso, incapacitándolos ya para un mundo que no sea el de su propio dictado. En ocasiones, esta indescifrable precipitación de la poesía recae sobre un hombre capaz de defenderse de ella, de dominarla y represarla, de estar lo que socialmente se diría «preparado para la circunstancia». Así, y citando dos casos muy significativos, Goethe, Valéry. Ellos supieron y pudieron encajar el golpe en crudo de la poesía. Pero otras veces, y no menos misteriosamente, la poesía cae sobre un pobre desgraciado, sobre un hombre cualquiera de las*